

Unas palabras a manera de introducción.  
=====

Inmediatamente después del armisticio dejé Suiza donde había residido durante toda la guerra mundial para seguir a un grupo de personas que formaban una misión de ayuda a los países devastados, subvencionada por una importante entidad suiza.

Había entre esos hombres y mujeres: arquitectos, albañiles, maestros, eclesiásticos, obreros agrícolas... Iban todos como voluntarios con el propósito de ayudar a reconstruir edificios y labrantíos y también ayudar material y moralmente a las víctimas de la guerra, sobre todo niños: huérfanos, extraviados, enfermos, abandonados... trágico y lamentable rebaño sin pastor que erraba a través de los países damnificados de Europa.

Los miembros directivos de la misión tuvieron la bondad de aceptarme entre ellos no por mis méritos personales sino por su comprensión y bondad, ya que ni ellos ni yo sabíamos en que labor podría utilizárase.

Una vez fuera de las fronteras suizas los grupos se distribuyeron por diferentes países y regiones. El nuestro fué a parar a una de esas aldeas mártires que ilustraron la última guerra cuyo nombre verdadero disimulo bajo el de Hernam.

Hernam, al llegar nosotros, presentaba un aspecto desolador y melancólico: una iglesia cerrada bajo un campanario mudo con impactos de balas en las paredes exteriores, un grupo de casas ruinosas separadas entre ellas por huertos y vergeles devastados, una fuente con una pila para abreviar al ganado y un gran lavadero público.

El agua parecía la única cosa viva en varias leguas a la redonda: el chorro abundante del caño llenaba el pueblo con su cantilena pero más que síntoma de alegría esa voz parecía lamento.

Los habitantes eran casi todos mujeres pues la mayoría de los hombres habían sido ejecutados unos meses antes para vengar la muerte de un coronel asesinado en las cercanías cuyos asesinos no pudieron ser descubiertos.

A unos veinte minutos de Hernam se levantaba un pequeño cementerio nuevo llamado por la gente del país, cementerio de fusilados. En él reposaban los

cuerpos de los aldeanos víctimas de la represalia del enemigo.

El pequeño cementerio campestre adornado con césped y plantas variadas, era el lugar más frecuentado por las mujeres de la aldea las cuales le dedicaban todos los ratos libres. Iban a plantar, a arreglar las flores que adornaban las tumbas, a rezar y a platicar con sus difuntos.

Así que llegamos a Hernam me destinaron a pasear y a entretener niños asilados. Poco tiempo después se me rogó preparar la comida a tres o cuatro hombres de nuestro grupo que trabajaban en las cercanías de la aldea.

La necesidad de procurarme verduras, huevos, mantequilla y pan, me obligaban a un trato frecuente con las familias campesinas ya que allí no existían tiendas: se compraba directamente al productor.

Poco a poco fui liando amistad con las aldeanas y conociendo en todos sus detalles la gran tragedia del lugar.

Todas las mujeres vestían de luto, caminaban con silenciosas abarcas, no se reían nunca y hablaban en voz baja y respetuosa como si en cualquier lugar donde se hallaran se consideraran siempre en un cementerio.

Todo lo que respiraba y se movía aún en la aldea, vivía únicamente para honrar a los fusilados y por cualquier camino, el más prosaico y cotiniano que se emprendiera una conversación, ésta iba a parar siempre a ellos.

En cada casa, sobre la cómoda o sobre una pequeña mesa escritorio, estaban las fotografías de los héroes rodeadas de flores y de cintas con los colores nacionales.

Muchas de mis horas se desgranaban en esos ~~enlutados~~ hogares oyendo una y otra vez la versión personal del drama. Mientras mis oídos escuchaban, la vista no se me apartaba de mi interlocutora más que para fijarse en el rostro o en los rostros de los fusilados. (Algunas familias tenían más de uno)

A este tenor se afirmaba mi amistad con los vivos y también y muy particularmente, con los muertos. No sólo conocía sus fisonomías a través de la copia fotográfica colocada en el sacrosanto altar de la familia sino que iba conociendo las particularidades de sus caracteres y también sus conflictos sentimentales y sus hazañas como resistentes.

A veces, esas mujeres que yo frecuentaba, se ponían a hablar de sus hombres como si vivieran aún. Les costaba acostumbrarse a la idea de haberlos perdido para siempre. No comprendían todavía que en una hora, la más funesta de las horas de Hernam, aquellos hombres a quienes se había prometido vida y libertad si regresaban del monte, deponían las armas y no trataban de salir de la aldea, ni entorpecer la labor del ejército de ocupación, hubieran sido detenidos y fusilados.

Es muy diferente leer la noticia en un periódico (naturalmente yo la había leído y me había estremecido de horror al leerla) o escuchar la voz de una de esas aldeanas evocando el desaguizado. Así esos mártires que para la humanidad en general representaban un puñado de hombres más, sacrificados a la barbarie de la guerra, fue para mí un drama casi íntimo y de inmediato familiar. De pensamiento lo vivía con emoción y horror y poco a poco, insensiblemente, fue adueñándose de mi alma, incrustándose en ella como un hecho que hubiera visto y oído en realidad.

Me sentía tan identificada con las campesinas y con aquel pasado reciente tan desastroso para ellas, que llegué a olvidar ~~mi~~ drama personal, el cual poco tiempo antes de llegar a Hernam me parecía gigantesco. De pronto lo consideraba nimio comparado con el de aquellas mujeres y me avergonzaba de haberle dado tanta importancia.

Los fantasmas de mis desengaños y sinsabores se desvanecían para dar paso a fantasmas nuevos. ( Nunca he sabido vivir sin quimeras)

Mi vida material en aquel lugar apartado era sencilla y relativamente ~~agradable~~ agradable para el que, como yo, se adapta con facilidad a cualquier medio. Pero mi vida interior o si ustedes lo prefieren, mi vida imaginativa, pertenecía en absoluto a ese pasado trágico y luctuoso de la aldea. El espectro de los fusilados me acompañaba a todas partes fuera a donde fuere, hiciera lo que hiciera.

Ahora bien, lo más difícil de explicar y quizás también de comprender, es que a estos fantasmas de fusilados se unía, obstinado y tenaz, el del último oficial de ocupación que hubo en la aldea.

El lector se preguntará porque diabólica fantasía o jugarreta de mi imaginación literaria, ese militar extranjero viene a mezclarse a los desventurados campesinos. Trataré de explicarlo.

Martin Rohe, a pesar de su simplicidad y pocas luces, había escrito en un cuaderno una especie de diario de la guerra y la ocupación. Leyéndolo de cabo a rabo con fervorosa atención, descubrí a ese nuevo personaje del drama.

Por el mero hecho de haber sido el último oficial de ocupación que hubo en la aldea, el cual, como es fácil imaginarse, se marcharía vencido y humillado, merecía ya mi interés. Es antigua manía mía la de apiadarme de los hombres perseguidos, vencidos y vejados aunque estos hayan sido unos criminales. Me siento la facultad de despreciar, compadecer, respetar y hasta amar al mismo ser humano según las circunstancias en que se mueve, según los momentos en que vive. Quiero decir que veo en cada hombre, por lo menos, un par de hombres uno de los cuales me repele mientras el otro me atrae. Eso hubo de sucederme con el mencionado oficial a pesar de la poca simpatía que en general y sobre todo en aquellas terribles circunstancias, me inspiraba, él y sus compatriotas.

Pero todo esto nada tiene que ver con mi nuevo personaje porque ese muchacho que he conocido únicamente a través del diario de Martin Rohe, (lo mismo que había conocido a los fusilados de Hernam a través de sus madres y esposas) parece merecer algo más que simple piedad.

En el mencionado diario, se hallaban anotados los acontecimientos capitales: movilización de los campesinos, ocupación de la aldea por el enemigo, entrada de casi todos los hombres en la resistencia, episodios más o menos dramáticos provocados por la rebeldía de los labriegos y el despotismo y el abuso de autoridad de los ocupantes.

El diario señalaba, sin comentario alguno, la desaparición del coronel enemigo, y unos días después el hallazgo del cadáver por una patrulla. Ahí el diario se interrumpía bruscamente. Volvía a comenzar unos meses más tarde. Entonces explicaba el motivo de esa interrupción: la rapidez y brutalidad de la tragedia, que había dejado a la aldea sin hombres, y al autor sin fuerzas físicas y morales de seguir anotando. El lugareño deseaba que alguien escribiera la crónica de aquellas trágicas jornadas y él era el único que

podía hacerlo antes de que su pobre memoria flaqueara. Con frases sencillas sin el menor adarme de literatura, describía la llegada de una o más compañías de la legión cosaca, el cerco que le pusieron a la aldea, como fueron a sacar a los hombres de sus casas o de los labrantíos, como, usando una violencia salvaje, los llevaron por fuerza al Ayuntamiento donde fueron interrogados por un oficial que hablaba la lengua del país mejor que los propios campesinos, y, finalmente como a empujones y a culatazos los llevaron fuera de la aldea y los fusilaron a todos.

Martin Rohe explicaba también a que extraordinario hazar l<sup>e</sup> debía el haber sido exceptuado de la matanza: no por voluntad de los ejecutores sino por un ardid de campesino que le salió bien por pura casualidad.

El diario de Martin Rohe vuelve a saltar muchas fechas. En las últimas páginas habla del final de la guerra, de la retirada de las tropas de ocupación y de la despedida del oficial que ocupaba Hernam al frente de un grupo de soldados.

La breve y sobria descripción de esta despedida me impresionó: " Esta mañana se han marchado ( la tropa) para no volver más. Salen huyendo acosados por los ejércitos vencedores que avanzan rápidamente. Antes de marcharse, el teniente me ha pedido perdón por las molestias que él y sus hombres me han ocasionado. (Algunos se alojaban en su propia casa) Me ha dado las gracias por el bienestar y la tranquilidad que gozaban en mi vivienda. Después me ha pedido permiso para abrazarme. Era un muchacho bueno y leal: lo he estrechado en mis brazos, se ha marchado llorando. "

Cualquier lector algo sentimental, seguramente yo soy uno de ellos, descubre en esas simples líneas la bondad y la nobleza del campesino al propio tiempo que el carácter excepcional del joven teniente.

Si Martin Rohe, cuyo único hijo había sido fusilado con el grupo de rehénnes, era lo suficientemente generoso, para reconocer que el enemigo instalado en su casa era un muchacho bueno y leal, por qué no lo <sup>lo</sup> aceptaría yo, a quien, gracias a Dios, ni él ni ninguno de los suyos habían fusilado a nadie de mi familia ni amigos? La pasión inspirada por el rencor o el odio no podían cegarme. Ese hombre que en vez de llevarse los muebles o el centeno o cometer

alguna atrocidad inspirada por el despecho, salvaguardada por la impunidad, abraza llorando a uno de sus enemigos y le pide perdón por las molestias y perjuicios que le ha ocasionado, es, sin duda, un hombre bueno como los hay de todas las razas y en todas partes. Los arraigados y asaz justificados prejuicios que sienten algunos hacia ciertas razas y ciertos ejércitos determinados basándose en las barbaridades cometidas durante la guerra mundial, les ponen en algunas ocasiones una espesa venda ante los ojos, los hacen incapaces de captar cualquier matiz favorable a la teoría de la existencia del bien aún en los individuos más viles y la excepcionalidad de ciertos individuos en medio de las más crueles colectividades.

El personaje que aparece al final del diario de Martin Rohe, era tal vez un militar sin demasiada vacación a las armas, o, mejor aún, uno de tantos desengañados de su profesión o en desacuerdo con la política seguida por el gobierno de su país, o, más sencillamente, un hombre bueno y leal como lo juzga el diarista.

¿Quién sabrá nunca lo que era en realidad ese muchacho que se despedía de Rohe con un abrazo y unas lágrimas? Para mí, y aunque en aquel momento todavía no me apercibiera de ello, era simplemente un personaje de novela. Si me lo hubieran dicho entonces habría protestado pues el héroe de novela que me obsesionaba en aquella época era un hombre enamorado del mar, un soñador, un especie de poeta incapaz de vivir en contacto con las realidades de la vida, al que el mundo en general y la tierra, en particular inspiraban temor y desconfianza.

Fué sólo unos años más tarde cuando el germen novelesco y romántico esparcido en mi alma por esa tragedia campesina, dio su fruto.

Mientras estaba todavía en Hernam llegó el primer aniversario de los fusilamientos; la aldea entera presidida por su alcalde, se rindió al cementerio de fusilados. Me invitaron a seguirlos lo que me conmovió profundamente sintiéndome por ello más honrada y feliz que si el propio gobierno de cualquier nación europea me hubiera convidado a visitar oficialmente la tumba del soldado desconocido.

Ibamos callados y lentos por el camino del cementerio; en mi vida he oído un silencio semejante. Hubiérase dicho que chicos y grandes eran mudos de nacimiento. Sólo se oía el roce de las suelas del calzado en la tierra endurecida del camino. Y así, sin la menor demostración exterior de esas que tan sabia y abundantemente prodigan los ciudadanos corrientes, los campesinos, y yo con ellos, entramos en el cementerio de fusilados.

Todo era nuevo allí empezando por los muertos, todo parecía limpio y ordenado en derredor de las tumbas.

La comitiva se paró, se formó en círculo y el alcalde tomó la palabra. No crean ustedes empero que fue para echarnos un discurso cargado de sentimiento y de elocuencia. Sólo dijo :

" Amigos míos, guardemos dos minutos de silencio "

Y el silencio continuó, y aún parecía más profundo que un momento antes pues las suelas del calzado no rozaban la tierra endurecida del camino.

Cuando alguien, no se quien, consideró que habían transcurrido <sup>dos</sup> minutos, una niña se adelantó y colocó un ramo de flores en la tumba del jefe de los rebeldes. Y, en seguida, pero siempre sin palabras, sin sollozos, sin suspiros, las campesinas se acercaron cada una a la tumba o a las tumbas de sus fusilados, empezaron a limpiarlas y a ordenarlas.

Poco a poco todo el mundo volvió a la aldea, no detrás del alcalde y en comitiva como cuando llegamos, sino en grupos de dos o de tres y también uno a uno con paso acompasado y la cabeza gacha.

Bruscamente hubé de abandonar Hernán sin esperanzas de volver. Las circunstancias me llevaron a otros países hasta los cuales, tenaz y obsesionante, me perseguía el recuerdo de esa aldea mártir con sus dolorosas campesinas y su bonito cementerio de fusilados. Y nadie ni nada de lo que me rodeaba tenía el poder de hacérmelos olvidar. A donde quiera que fuere ellos me perseguían. Y al evocarlos me sentía como avasallada por una ola de admiración y gratitud y al <sup>propio</sup> tiempo, de vergüenza y de pesar. El ejemplo de valentía ante la muerte que dieron los hombres, el ejemplo de dignidad con que las mujeres se enfrentaron con la soledad y el dolor, me hacía sentir la insignificancia de mis propios sufrimientos y el rubor de mi in~~con~~mesurable egoísmo.

Al cabo de doce o catorce años de ausencia volví por fin a Cataluña. Pasé el primer verano en una solitaria casa del Montseny. La paz y la hermosura del paisaje me penetraron hasta lo más hondo del alma. Y, de pronto, ellos volvieron a aparecérseme más vigorosos y tenaces que nunca. Entonces comprendí que debía escribir una novela. En mi caso concreto escribir una novela, quería decir materializar esos fantasmas que me perseguían y librarme de ellos de una vez. Y al propio tiempo dejar una muestra palpable de su paso por el mundo: ofrecer el público de mi país el ejemplo admirable de esos campesinos héroes y mártires por amor a la tierra y a la libertad. Y el no menos admirable de sus mujeres, tan dignas y fuertes ante la soledad y el dolor.

Durante muchos meses me esforcé en trazar y dar vida a unos personajes imaginarios inspirándome en los fusilados de Hernam y en sus madres y esposas sin sospechar que a la novela iba a tocarle también su parte de calvario.

Confieso que al escribirla no soñé ni un momento en un público determinado porque estoy convencida que entre el público se encuentran lectores para toda clase de novelas. Si yo pudiera escoger el mío lo escogería entre gente sencilla y trabajadora que sufre y lucha como mis campesinos, gente que si tiene memoria ha de recordar épocas no muy lejanas en que también los odios políticos y la ceguera de bárbaros fanatismos o simplemente instintos malvados desenfrenados, llevaban el luto y el dolor a las familias. A todos los que de esos males y otros parecidos sufrieron, les dedicaba mentalmente mi novela a medida que la iba escribiendo segura de que la comprenderían y la saborearían; segura de que se sentirían hermanados con mis personajes.

Como uno de ellos, el pacifista Martin Rohe, aunque de una manera menos ingenua y más general, yo tampoco creo demasiado en las fronteras geográficas y políticas. Prefiero creer en las fronteras morales y espirituales, las cuales nos separan a menudo de un pariente consanguíneo y desaparecen ante un sueco, un chino o un polinesio. Hay una nacionalidad que une a los hombres por encima de todo y es la bondad, la caridad y el amor a todas las verdades eternas.

Aquí mismo en Cataluña y en otras regiones de España, en el centro de Europa y en la estepa, en la pampa o en el desierto, puede hallarse un ser humano <sup>capaz</sup> de sentir y pensar exactamente como el autor de cualquier novela. Y a ese hombre o mujer desconocidos, sea cual fuere su nacionalidad y su lenguaje, va el pensamiento del autor mientras lucha para convertir sus fantasmas en personajes.

Ignoro lo que sienten mis compañeros de profesión porque trato a muy pocos supongo que le sucede algo parecido a lo que me sucede a mí: es decir que de una manera consciente o semi consciente, le dedican lo que escriben a un amigo o a un grupo de amigos determinados y al publicar la novela y recibir ciertas cartas o escuchar ciertos comentarios dedicados a su obra, se sienten unas veces muy decepcionados y otras bien recompensados.

Comprendo que hay diferentes maneras de concebir, planear y desarrollar una novela. Dudo empero que un escritor sincero y espontáneo elija el tema como se elige el itinerario de un viaje o acepte al que le brinda un amigo o la vecina de enfrente. Creo lo contrario: El tema le escoge a él, se apodera de su espíritu y el novelista no tiene más remedio que sometersele.

De esta clase de escritores debemos excluir a los que componen pensando en determinados premios literarios los cuales ante todo deben informarse sobre la moda y las aficiones del momento, saber el género que prefiere el editor que paga y las tendencias sociales y políticas (tal vez también sentimentales) de los señores del jurado. Más que de escribir novelas se trata de poseer el arte de navegar en sociedad, ser dúctil y poco sentimental, no dejarse enternecer por ningún asunto que pueda apartarlo del éxito o dificultárselo.

Según alguno de mis amigos yo he escogido mal el asunto de mi novela y el lugar donde transcurre; según otros, el interés por esta clase de temas ha caducado; estos me reprochan el candor y la buena fe con que está escrita, aquellos juzgan el final poco espectacular, demasiado moralizante y filosófico y sobre todo poco troculento, y, para terminar, los hay que opinan que la Navidad de los soldados es falsa.

El juicio de mis amigos y compañeros es para mí materia importante.

Trataré de justificarme ante ellos como ante un tribunal pues como a tal los considero.

Contestaré primero a los que me reprochan el asunto y el lugar donde transcurre la acción, Como he dicho antes, no los elegí, me eligieron ellos, me persiguieron, me atormentaron, se apoderaron de mi voluntad, no cesaron hasta que los convertí en novela.

Además no creo que el haber novelado un lugar, una época y unos personajes extranjeros pueda calificarse de desacierto editorial. En la literatura de cada país deben estar representadas novelas de toda índole: rurales, marinas, locales, nacionales, exóticas... Para que la historia de la novelística nacional esté bien representada deben figurar en ella escritores que <sup>han</sup> cultivado no sólo el paisaje, las costumbres, las diferentes épocas históricas, los dramas sociales y personales de sus paisanos sino los de allende las fronteras y allende los mares.

Escritores franceses e ingleses han enriquecido la literatura nacional con infinidad de temas exóticos. Hombres ilustres, que sería fastidioso enumerar, han tomado como escenario de sus cuentos y novelas, la India, el Japón, las islas del Pacífico, Africa del Norte y del Sur, Africa ecuatorial, la China, la América latina y anglo-sajona.

Esos autores no despreciaban ni los paisajes ni las gentes ni los conflictos sociales y sentimentales más o menos dramáticos de su nación. Influidos por el clima físico y moral y por los acontecimientos y tipos del país donde residían, los aceptaron y utilizaron como excelente materia prima para su producción literaria. Entre dichas producciones literarias las hay buenas, medianas y malas pero a nadie se le ocurre juzgarlas según la situación geográfica que ocupan la acción y los personajes.

Que el asunto de mi novela no está de moda o ha pasado de moda, observación emitida por un hombre editorialmente prestigioso, es uno de los comentarios más desprovistos de lógica que he oído referente a una producción literaria imaginativa. En primer lugar la acción esencial de la tragedia campesina que describo, se desarrolla principalmente en el alma de mis personajes; la lucha de Marta entre el odio, que ella considera obligatorio, casi sa-

grado, y el amor que poco a poco y bien a pesar suyo le invade el ser; los conflictos de conciencia del joven oficial obligado a mantener rigurosa disciplina entre sus soldados y ejercer autoridad en pugna con su carácter humano y benévolo; la pérdida y la recuperación de la fe en un sacerdote agobiado por los sufrimientos físicos y morales de un campo de concentración; la bondad de Martin Rohe en lucha con su propia familia y con la opinión de la aldea entera, no son casos o situaciones que puedan estar o no estar de moda.

Si la novela fuera una crónica o una información de la guerra, podría conducir su interés a cierto momento pero esos conflictos morales y sentimentales son eternos, no se pasan como la fruta ni dejan de llevarse como las modas de París.

En cuanto al candor o al exceso de buena fe que me reprochan algunos de mis compañeros, sólo contestaré que un escritor espontáneo suele ver a sus personajes a través de sí mismo, de su propia benignidad o de su propia malicia.

Yo no soy ni lo bastante cándida ni lo bastante buena para no haber descubierto las taras morales de los individuos, hombres y mujeres, que me inspiraron. La prueba es que hay entre ellos espías, asesinos, borrachos, lujuriosos, violadores... Tal vez mi error es de no haber insistido bastante sobre tales defectos y vicios abandonándome y complaciéndome en la descripción de situaciones escabrosas en vez de resbalar sobre ellas o simplemente insinuarlas por una especie de pudor y delicadeza. Porque a cierto público en general y a ciertos autores en particular les gusta ver a la humanidad bajo la peor de sus facetas y cebarse en sus vicios.

Un novelista puede mirar a sus personajes con un ojo implacable o, por el contrario, verlos con algo de comprensión y caridad.

Lejos de mí la idea de escribir novelas moralizantes; no me siento ninguna inclinación al moralismo y menos con la pluma en la mano. Sólo trato de ser justa con mis criaturas y no ensañarme con ellas como Goya con sus modelos humanos. El gran pintor podía permitirse ese rigor porque era un artista genial. En mí, pintor mediocre de la vida, ese rigor sería imperdonable.

Porque un hombre no es nunca enteramente bueno o enteramente malo, excluidos los santos y los monstruos. Es pues injusto ver sólo el mal en las personas cuando se trata de juzgarlas y por lo tanto de describirlas.

De la misma manera que un abogado hábil consigue a fuerza de razones y de elocuencia salvar a un asesino de la pena capital, el autor de un personaje imaginario basado en otro personaje real puede darle a aquel una forma más o menos humana que no quiere decir despiadada.

Es lógico y fatal que algo del autor, cualidades y defectos, se refleje en sus personajes, (Yo no creo posible la absoluta objetividad más que en fotografía). Por éso el mismo asunto y los mismos personajes tratados por veinte autores diferentes darían veinte novelas diferentes.

En cuanto a la Navidad de los soldados debo explicar a aquellos que la consideran falsa porque esos muchachos no se brulan del bonachón del teniente, no se emborrachan ni juran ni cometen desmanes, que en ciertas latitudes y entre obligatoriamente disciplinados militares de religión luteriana, una Navidad diferente de la que describo sería inconcebible y por lo mismo mucho más falsa que la que me reprochan. Esos hombres no viven en la embriaguez de la ~~lucha~~ <sup>lucha</sup>. Están ocupando una aldea sin hombres y gracias a la intensidad de los fríos reinantes que han expulsado del monte a todos los guerrilleros de la región, disfrutan momentaneamente de una relativa tranquilidad. El solo pero a esa paz fugitiva, es el aburrimiento y la nostalgia del país y de las mujeres. En esas condiciones el mejor pretexto de distracción es bien acogido. Eso explica la diligencia que ponen en cortar el abeto y el entusiasmo con que se dedican a preparar los regalos que colgarán de las ramas.

El recogimiento y la seriedad que muestran ante el árbol de Navidad y esa especie de fervor místico y fraternal que los anima bajo la influencia del día, (el más solemne del año para cualquier clase de cristiano) es la cosa más natural y nunca me habría atrevido a explicarla si no hubiera presenciado más de una vez escenas semejantes a la que describo.

El árbol de Navidad con sus luces y sus canciones posee en las latitudes norteañas un poder de sugestión que no comprenden quizás los que no han tenido ocasión de pasarlas allí, entre la gente del país. La iluminación,

ornamento y devoción al abeto navideño no es, como aquí una costumbre de importación que se ha introducido subrepticamente en nuestras tradiciones y que la gente ha adoptado por admiración a todo lo extranjero, por ligereza y espíritu de imitación, sino uno de los actos más serios de la vida social y familiar. Ese pluri que tenemos los latinos de mostrar ligereza y despreocupación hacia las cosas más sagradas por miedo a que nos tomen por niños o por necios, no existe entre esos pueblos del norte. La parte exterior de la vida, es decir lo que la gente piensa y dice de nosotros, tiene mucha menos importancia allí que aquí donde la mitad por lo menos de las cosas que decimos y hacemos las dedicamos al público.

Mis soldados, hombres corrientes ni mejores ni peores que otros, uno de los cuales será más tarde un beodo y un violador, dejarían de ser quien son si yo les hiciera burlarse del teniente, jurar y emborracharse en ese día y en esas circunstancias.

Estoy hablando de la vida real para justificar una de las escenas de mi novela más discutidas y criticadas por los unos y también más celebradas por los otros.

Repito que tengo la convicción de que un novelista no debe copiar fotográficamente a sus personajes pero tampoco debe inventarlos según su fantasía. El trabajo de un novelista sincero y equilibrado consiste, a mi entender, en ver, oír, observar, analizar y crear sin entusiasmos excesivos ni prejuicios exagerados.

Al leer y escuchar las críticas de algunos de mis amigos casi podría creer que he fracasado en esta novela; leyendo y escuchando la aprobación de otros podría esperar haber acertado.

Libro esta obra al público con el ánimo embargado de dudas. El público es, en resumen, quien ha de echarle el fallo.